

Dulcinea, la agonía de lo femenino

La ilusión cervantina es peripatética. Nos lleva a conocer el mundo. A deambular por donde nunca estuvimos, a aceptar el misterio radical de la condición humana.

El carácter insurgente del verbo de Cervantes suprime la ilusión de que vivimos en un universo estable. Una conclusión que obliga a su héroe, don Quijote, a inocular lo existente con su desenfrenada invención, a usar la máscara de nuestros sueños y de nuestros apetitos.

Como hija que soy de Cervantes, gravito en torno a don Quijote, creación suprema de la latinidad. Como consecuencia, forjo mentiras que la obra me suscita y atribuyo a sus personajes rasgos de temperamento y conducta contrarios a la narrativa. Se hace, entonces, posible creer que el amor de Quijote, vago y melifluo, abarca a todas las mujeres. Pues aunque él señale a Dulcinea como único objeto de su amor inmortal, este sentimiento no se destina a una criatura palpable. La carne de su fantasía no tiene cuerpo. Su amor, aunque exaltado y melancólico, carece de huesos y de médula. No se lleva a la doncella a su cama ni se entretiene con las delicias del sexo. Tampoco comparte con ella el festín constituido por pan, cordero asado y vino. Es un amor solitario y, como tal, el único que visualiza a quien ama, que la describe como objeto de su devoción. Y porque intuye que Dulcinea, ante los demás hombres, es intangible e inefable, dramatiza el amor con descripciones soberbias, igualándose a los enamorados que, como Amadís de Gaula, se disputan la dama en la lid.

Este amor, no obstante, de naturaleza difusa, omite el consentimiento de la mujer para cortejarla. Así, aplí-

case don Quijote a idealizar a Dulcinea por medio de incesantes devaneos. Sin saber que, por ser este amor flexible y plástico, es susceptible de transferirse a quien sea; de tornarse la expresión de arrobo que habilita a cualquier mujer de España a ser Dulcinea, a ajustarse a las descripciones hechas sobre la conspicua dama, a adoptar el aura y las idiosincrasias que el devaneo del hidalgo le atribuye. Incluso porque, siendo la dama del Toboso una fantasía inconcreta e inconsútil, una carne al servicio del caballero, ella se compone necesariamente de los pedazos que las demás mujeres le prestaron.

Se observa, sin embargo, a lo largo de la narración, que faltan al cuerpo de esta dama condiciones para ser penetrado. He aquí un personaje que no se somete a la pasión. Su andamiaje verbal sirve para que el caballero la describa para sí mismo y la enuncie para los demás.

Dulcinea es un simulacro. Un invento casi pérfido del caballero de La Mancha, cuya rectitud de carácter casi zozobra en medio de tantos percances promovidos por su imaginación. Pero, al haber engendrado a la doncella del Toboso, él se sumerge en una soledad que no autoriza la presencia de otra mujer en su vida, aunque le dé el nombre de Dulcinea. Incluso porque ¿cómo encontrar quien le ofreciese ideales tan nobles, y le permitiese otorgar a Dulcinea la consistencia material que le faltaba? Por lo tanto, al confesar quién era, don Quijote admitió la ilusión de la que estaba revestido, a la vez que introdujo a las mujeres de La Mancha en la visión de Dulcinea, aquella imagen que requería ser ocupada por una intrusa de carne y hueso.

Abatido, no obstante, por la desgracia, el caballero llega a la venta que le pareció ser un castillo. En el mostrador, sirviendo vino, la asturiana, de nombre Maritornes, es un mero personaje. Llevada por la curiosidad, tal vez ella haya indagado a Sancho quién era el hidalgo «de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco», recién llegado. Seguramente Sancho, habiéndole dicho más de lo que el

capítulo del libro registra, insinuó que el caballero padecía mal de amor. Dulcinea del Toboso era su elegida. Pero que muchas otras mujeres podrían un día sustituirla. Y a continuación el escudero, pronto a darle la espalda, la excluyó del rol de las amantes ideales. A fin de cuentas la asturiana parecía una ramera, a la que los hombres se disputaban en medio de escaramuzas.

Maritornes, no obstante, en el afán de anteponerse a la propia vulgaridad, reclamó que el falso escudero, encargado de responder por lo cotidiano de su amo, le hiciese confidencias. Él, sin embargo, se alejó.

Fue así que Sancho, horas después, fuera de los moldes oficiales de la novela, la sorprendió en el establo, custodiando las vacas, en extraño soliloquio. Descubrió, para su espanto, que la mujer se lamentaba de las ilusiones que don Quijote había esparcido desde su llegada a la venta.

Sancho aguzó el oído en su afán de desvelar la congoja de la mujer, un personaje excedente del repertorio cervantino. Ella, sin embargo, en conmovedora negociación con las vacas, les explicaba que el mundo, según había dicho el caballero, era exiguo, y que para contraponerse a estas dimensiones, había que aventurarse, abandonar la casa, y jamás retornar a ella. Pero mientras enaltecía el arte de deambular a placer por el campo, Maritornes quería que su desahogo llegase hasta el caballero, que reposaba esa noche en el catre cerca de la bodega, al lado del arriero, su amante, con quien debía encontrarse más tarde para copular.

Los desahogos de la asturiana detectados en los intersticios del romance y que sólo llegaban a Sancho a medias, tenían su razón de ser. Aquella voz metálica iba montando un discurso en abierta oposición a don Quijote, cuya audacia no cesaba de enaltecer a Dulcinea y realzarle virtudes carentes en otras mujeres.

Sancho recordó que el amo le había afirmado, al describir a la doncella del Toboso por primera vez: «Yo no

podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo. Sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de La Mancha; su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas».

Estas palabras tenían el doble mérito de ofender a las mujeres, tan diferentes del retrato, y de despertarles la ambición de ser un día comparadas a esa dama. A Sancho, sin embargo, le costaba creer que existiese una mujer en la tierra tal como su amo la presentaba. No veía que las cejas de Maritornes evocasen «arcos del cielo» o que el cuello de Dulcinea, tenido como de alabastro, fuese igual al de su mujer, dueña de una piel curtida de tanto labrar el campo.

Aun cuando las palabras de la asturiana le llegasen con dificultad, la oyó criticar el aspecto ridículo del caballero, a quien juzgaba incapaz de defender la honra femenina o de inspirar amor aunque se tratara de una infeliz como ella. Protestaba que el hidalgo, al instalarse en la venta, había tenido la petulancia de confundir su silueta con la de Dulcinea, atribuyéndole una belleza que no tenía.

Para ablandar su rencor, Sancho pensó en garantizarle que ciertas partes de su cuerpo habían participado en la composición de Dulcinea. Pero suspendió la defensa. Convenía que la asturiana expusiera sus dudas, de la misma forma que el caballero repetía hasta la extenuación: «yo sé quién soy». Para añadir: «y sé que puedo ser, no

sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías».

Maritornes admitió no conocer sus orígenes, sólo sabía que era pobre y de gestos rudos. Su existencia, sin embargo, no hería el decoro del caballero. Y a pesar de eso, él había afirmado, con una total falta de respeto a la realidad, que su figura de campesina había surgido de la paleta de un pintor de talento.

La lisonja del caballero la había ofendido. Equivalía a la lujuria de los hombres que se metían entre sus piernas sin la menor consideración. ¿Con qué derecho el hidalgo, de sonrisa reticente, asumía el lirismo que los caballeros, carentes de amor, reservaban para las nobles de la corte? Es más: ¿por qué le había dicho, mientras masticaba un pedazo de pan, que era parte de la esencia de todo caballero andante enamorarse de quien fuese? De ahí fue que ella pensara que él le cedía un pedazo de la propia Dulcinea sólo para humillarla.

Sancho se sentía confuso. ¿Acaso Maritornes, sin acusar al caballero directamente, señalaba su acentuado grado de locura? Consciente de la gravedad de la acusación, él recordó haber confesado al amo, minutos antes de detenerse en la venta que el caballero insistía en confundir con un castillo: «Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien: que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced».

La prisa de la asturiana en volverse contra don Quijote contrastaba con la paciencia de Sancho al escucharla. Para la mujer, que el caballero hubiera hablado de Dulcinea significaba haberla designado a ella, Maritornes, con el nombre que traía clavado en el corazón. Una conducta capaz de corromperla con el poder que emanaba de

la ilusión. Aquella ilusión que diseminaba más maleficios que ventajas, hasta el punto de robarle el gusto de la sopa de pan con la cual fuera educada, para enaltecer en cambio los reputados asados de Castilla, a los que no tenía acceso. ¿En nombre, pues, de qué precepto el caballero desmontaba de su caballo Rocinante y hacía de ella una mujer opuesta a la que había encontrado a la entrada de la venta?

Escondido tras las ancas de las vacas, Sancho capta fragmentos de su flujo verbal. Ora Maritornes ironiza sobre la barriga, la manera grosera con que come, ora duda de la nobleza del hidalgo, cuyo mérito era vagar como un sonámbulo bajo el cielo abierto de La Mancha, seguido de su gordo escudero.

Desde el comienzo, Sancho había registrado la índole promiscua de la asturiana, que ofrecía el cuerpo a cambio de pequeños favores. Señora, así, de tales antecedentes, ¿cómo podría ella suponer que su amo, aunque privado de la amada, podría confundirla con una dama nacida bajo el sello de la perfección?

A medida que la asturiana se calmaba con don Quijote, que la quería convertir en quien no era, daba pruebas de disfrutar de la posibilidad de llegar a heredar una parte de las dotes de Dulcinea. Y era tan visible su intención, que Sancho de inmediato detectó en la mujer la incipiente manifestación de una locura que la iba promoviendo a un estadio superior. Quiso disuadirla de tal absurdo, pero se comprobó incapaz de enfrentar solo dicha tarea. También él dependía de la locura de su amo para soñar y justificarse ante sí mismo el abandono al que relegó a su familia a cambio de la promesa de llegar a ser un día gobernador de la Ínsula Barataria.

Maritornes tardaba en comprender qué sería de ella ahora, sin don Quijote, y qué sería de don Quijote sin Sancho. Pero, mientras se esforzaba por entender a ambos viajeros que pernoctaban en la venta, iba rápidamente apro-

ximándose al ideal defendido por don Quijote, prácticamente dispuesta, quién sabe, a abandonar el oficio de tabernera para convertirse en Dulcinea del Toboso. Una decisión que la introduciría en el interior de la verdad cuya existencia defendía don Quijote, como forma única de soñar. Pero: ¿acaso le convendría destrozar la ilusión que la haría una princesa entregada a la tutela de don Quijote?

Para Sancho, el raciocinio de Maritornes era de difícil percepción. Pero si la mujer admitía ser Dulcinea, a despecho de las pruebas en contra, él debía infundirle rápidas dosis de realismo. Y aunque fuera un aldeano que mal distinguía una letra de la otra en los libros del caballero, sabía que la ilusión era un fuego que se propagaba sin control. Además, no pretendía, por medio de algún gesto inconsecuente, arrebatar lo que había de más sagrado en el corazón del caballero, ni tampoco privar a la asturiana de la sordidez que hacía de su vida la única que tenía a su alcance.

Reconocía, sin embargo, mejor que nadie que el delirio del caballero, en permanente ebullición, hacía que pasase por quien no era. Pero, si tal estado convenía al caballero, que sabía como nadie usar la llave propicia para reducir y ampliar el tamaño del mundo, no siempre este recurso favorecía a los demás.

Finalmente, Sancho emergió de la penumbra para asegurar a la asturiana que no había en ella ninguna semejanza con Dulcinea. Y si ella había prestado atención al caballero cuyo cerebro «se secó del mucho leer», se había equivocado. La Dulcinea a quien el hidalgo se refería era un ideal intransferible. Existía solamente en don Quijote y en el señor Quijada o Quesada, ambos formando una única persona, aunque diferentes entre sí.

Ante el asombro de la asturiana, Sancho admitió que también a él le había costado distinguir al uno del otro. Hasta que entendió que bastaba cruzar el hilo invisible que unía el abismo a la tierra para seguir las pisadas del

más aventurero de los dos señores. Pero que supiera Maritornes que la dama del Toboso había sido amada por el caballero desde su juventud. Según tenía entendido, su nombre era Aldonza Lorenzo. Un amor vivido a escondidas incluso de la sobrina, su heredera. Tal vez Aldonza se hubiera casado, lo que dificultó al caballero confesar su amor. Por eso se vio obligado a inventar una mujer a la que fue siempre fiel, mientras alimentaba una quimera a la cual había adicionado elementos próximos a la perfección.

¿Y por qué no iba a actuar él de esta manera, si era propio de los hombres de estirpe, como Amadís de Gaula, crear una mujer concebida por la imaginación? Lo que había oído acerca de esta dama, en su condición de escudero, era de tal magnitud que sería incapaz de hacer una transcripción fidedigna. Y también porque, al hablarle el amo siempre con prisas, apremiado tal vez por su desconcertante imaginación, con frecuencia lo inducía al error. Lo cierto es que esta Dulcinea ocupaba los sueños del caballero. ¿Y a qué más puede aspirar un hombre para continuar acoplado a la realidad? Así, si don Quijote le había despertado vanas esperanzas, que Maritornes no se lo tomara a mal... No había mala intención de su parte.

Iba consolando a la mujer, que lo miraba sin seguirle el razonamiento. En la búsqueda de lo que le parecía verosímil, Sancho le contó que el universo, de acuerdo con el parecer del caballero, podía ser explicado e interpretado según la versión de cada cual, siempre que el descuidado caminante no renunciase a «un punto de vista de la verdad».

Como lacayo suyo, había aprendido a aceptar incluso las mentiras desconcertantes. Por tal motivo, también el tabernero y su familia, el arriero y la asturiana, debían acatar lo que les iba siendo contado. Es verdad que se podía acusar a don Quijote de ocioso, de haber consumido su tiempo leyendo con «afición y gusto» los libros de caballería, cuyos héroes, belicosos e imprevisibles, le servían

de ejemplo. Su amo apreciaba, en especial, aquellos trochos de los libros en que se concentraban disparates pronunciados por algún personaje importante, y que llevaban a don Quijote a repetir, de repente, sin más ni menos: «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura».

Sancho no entendía aquel teorema en forma de palabras. Supo que su autor, Feliciano, obedecía a un método que enaltecía la incoherencia. Estaba seguro, sin embargo, de que a la asturiana, debido a su incultura, le sería ahorrado el transitar por la estratosfera de tales pensamientos. En cuanto al hidalgo, la sutileza de estas ideas le había ayudado a penetrar en lo enmarañado del espíritu y a juzgar las acciones humanas. En contrapartida, si esta sabiduría le había reforzado el amor por Dulcinea, también le había anunciado los caprichos provenientes del corazón.

Pero Sancho se preguntaba: ¿cómo habría desarrollado el amo la capacidad de ilusionarse si la doncella del Toboso no existiese? Felizmente, insistía Sancho consigo mismo, no había sido él el primero en transitar la ruta accidentada del amor o en inventar una dama como Dulcinea. Otros le precedieron en la audacia amorosa. Fue, sin embargo, a causa de la necesidad de idealizar el mundo, que las Amarilis, las Filis, las Galateas, surgieron de los «teatros de las comedias» sólo para fecundar el imaginario amoroso.

Poco importaba, sin embargo, que no siempre ellas fuesen de carne y hueso, mientras correspondiesen a la médula del sueño, que es la porción mágica de la voluptuosidad humana. Y pensaba Sancho en qué más añadir para aplacar el temperamento de Maritornes, cuando se registró en ella una súbita metamorfosis. Apenas le había mencionado los enigmas de Dulcinea, la asturiana fue definitivamente asumiendo la identidad de la dama, a la vez que se rebelaba contra Sancho, empeñado en restaurar la verdad.

¿Acaso la temible asturiana se volvía contra Sancho por haberle prohibido ser Dulcinea? ¿Se había excedido él tanto en su misión que terminó por hacer creer a la mujer que en el horizonte idealizado de aquellos tiempos la salvación estaba en ser la dama de don Quijote? ¿Y que, por causa de esta fatalidad social, no había en las tierras de España lugar para las taberneras infelices, cuyos cuerpos eran el receptáculo del sucio esperma de su arriero?

Sancho enfrentaba el apego de Maritornes a la ilusoria verdad sin saber cómo comportarse. Por más que combatiera, junto al amo, contra los molinos de viento, no entendía las artimañas del narrador de aquella historia intitulada *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Y menos todavía entendía a los demás narradores que, desde el inicio, interferían en aquella trama. Por lo que había oído, algunos de ellos, teniendo noción del ridículo humano, omitían a uno u otro personaje. Y ahora el narrador, al cual mencionaba, consciente del decoro debido a ciertos miembros del clero, había olvidado que don Quijote, como personaje de sí mismo, a veces se desorbitaba, arrastrando consigo al fiel escudero.

Algunos de estos narradores, sin embargo, se entrometían tanto en la vida de los personajes que les hacían repetir frases incomprensibles hasta para un señor llamado Aristóteles. ¿Y cómo habría podido este griego entender la trama de ese Feliciano que tanto agradaba al amo? Ciertamente, si le hubieran encomendado la exégesis de estos textos, habría fracasado.

Sancho nunca supo quién era Feliciano. Quizás fuese el emisario del rey, alguien instado a propagar mentiras con aspecto de verdad. Pero no importaba. Más valía servir a la ilusión que a la realidad. Él mismo muchas veces se sentía un modelo de cartulina que el amo hubiera recortado con el cuchillo. Un prototipo sirviendo de molde para otros en igual condición. Por ello se preguntaba quién de los dos, señor y amo, era más loco. Y si sería ra-

zonable inyectar en la asturiana la misma dosis de locura desde hace mucho incorporada a la pareja.

Mientras Sancho argumentaba, Maritornes se empeñaba en descubrir si el hidalgo, de recóndita lujuria, la transformaría en Dulcinea, en el caso de que llegara a dormir con él.

A Sancho le faltaba el ingenio del caballero con las palabras. ¿Cómo decir a Maritornes que estaba condenada a ser quien era? Ella, sin embargo, acostumbrada a los malos tratos, insistía en aprender las reglas que emulan el sueño y ahuyentan las disformidades de la tierra de La Mancha. De nada valía que el escudero le desterrase la fantasía. Aspiraba a ser inventada por un tal Cervantes, responsable del libro del cual también ella era un personaje, el único poeta capaz de esgrimir el verbo y liberarla de lo que decían de ella: «de un ojo tuerta y del otro no muy sana». Sólo así, realzada por la palabra de Cervantes, sería inmortalizada. Del mismo modo en que lo fuera Dulcinea.

Sancho nada dijo. Únicamente Cervantes, acatando que los personajes ostentasen múltiples máscaras, se rindió a su voluntad. Así como también nosotros.